

Queridos lectores, los convidamos a un nuevo viaje con su imaginación. Los invitamos a adentrarse en un maravilloso cuento, lleno de amor, maldad y esperanza...

«Mi Celeste»

Una novela de Gaspar Chat Bulnes

Capítulo Catorce

Carretera Solitaria; Noche

(Desde lo alto de la quebrada, Perla Palacios observaba los restos de aquel viejo auto, con una malévolamente sonrisa).

PERLA: Finalmente, salí del estorbo de esta mujercita infame. Ahora, mi próximo paso será seducir a José Ángel Hidalgo a como de lugar.

(Tomando el maletín con aquel millón de dólares con mano firme, se dirigió a la acera de aquella carretera, donde pudo hacer parar un vehículo, pretextando un intento de robo. Y así fue como finalmente llegó a su mansión, luego de haber ejecutado su segundo crimen).

* * *

Casa de Atenea ; entrada

(José Ángel, acompañado por su adorada novia Celeste, entraba en la casa de su tía para empacar sus pocas pertenencias. Se extrañó por ver la casa a oscuras).

JOSÉ ÁNGEL: ¡Ayy que raro, mi Princesa. La casa estaba totalmente a oscuras, y mi tía Atenea no está... ¡Que raro!

CELESTE: A la mejor está en casa de alguna amiga, mi Príncipe...

JOSÉ ÁNGEL: Pues eso sí estaría raro, mi Celeste; que yo sepa mi tía no tiene amigas; y tampoco le

gusta salir de noche; prefiere quedarse viendo la televisión...

(Profundamente extrañado por aquella repentina ausencia, José Ángel empacó sus poquita ropas en un bolso).

JOSÉ ÁNGEL: Que bueno que se me ocurrió empacar ahorita, así mañana me voy directito a la mansión, con mi nueva chamba como chófer!

CELESTE: ¡Así es mi Príncipe! Estoy tan feliz!

(Sin poder contenerse, ambos enamorados se besaron apasionadamente, en medio de la soledad de aquella humilde casita. Sus sentidos se dispararon; la pasión amenazaba con hacerse presente entre los dos. Prudentemente, José Ángel se apartó, sofocado).

JOSÉ ÁNGEL: ¡No por Dios! Perdón, mi Celeste, pero yo te respeto demasiado... Lo mejor será que te vayas a tu casa... porque sino no podré contenerme en hacerte mía. Eres tan hermosa; te deseo tanto!

(Celeste también temblaba de pasión, el rubor teñía sus mejillas como un fuego abrasador. Deseaba entregarse a José Ángel en cuerpo y alma... Pero sus valores y preceptos morales se lo impedían. Rápidamente, el apuesto José Ángel pidió un Uber a través de la aplicación. Acompañó a Celeste hasta que la vio alejarse, y luego exhaló un hondo suspiro de resignación).

* * *

Cárcel de Mujeres: celda de Marina Soriano; día siguiente

(Los rayos de un nuevo sol se asomaban por la pequeña ventanita de la celda, dando sobre el sonriente rostro de Marina Soriano. Lentamente comenzaba a despertar, cuando, súbitamente, sintió un frío en su garganta. Al abrir los ojos de golpe, descubrió el peligroso rostro de Leona Vicario respirándole en la sien).

LEONA VICARIO: ¡Ya me enteré que te van a soltar de esta pocilga, Soriano! ¿Pues qué crees? Que de aquí solo saldrás para el cementerio, maldita!

(Marina se quedó inmóvil, presa del terror, con el filo de aquella navaja rozando su carne).

* * *

Mansión Palacios; puerta de servicio

(Después de pasar por la comisaría a dejar una denuncia por presunta desgracia, debido a la extrañísima desaparición de su tía Atenea, el guapísimo José Ángel ya se encontraba en la hermosa mansión Palacios, para empezar sus labores como chofer. Delante suyo, la afable Bonita le daba la bienvenida, entregándole un uniforme).

BONITA: Bueno, muchacho, éste será tu uniforme. Te llevaré a uno de los cuartos de servicio, y luego te presentarás con la señorita Perla. Acompáñame.

(José Ángel siguió al ama de llaves).

* * *

Cárcel de Mujeres; celda de Marina

(Leona Vicario seguía sobre Marina Soriano, amenazándola con degollarla con una navaja. Marina por dentro temblaba de miedo, pero trató de no demostrarlo).

MARINA: Como siempre, Leona, siempre tan valiente con tu navaja ¿no? Pobre de ti. Sin esa navaja no eres nadie, Leona; ¡NADIE!

LEONA: ¡Cállate, maldita cretina! Mejor es que reces tus últimas oraciones, porque te mandaré derecho al infierno!

(De pronto, una celadora sometió por detrás a Leona, con ayuda de una macana. La navaja cayó al suelo, mientras Leona, desconcertada, forcejeaba para librarse).

CELADORA IFIGENIA: ¡Quieta, Leona Vicario! Como siempre causando problemas. Ya estoy cansada! Marina ¿estás bien? Tu compañera Carlota me avisó.

(Marina Soriano se levantó de golpe de la cama. Vio a Carlota asustada, apoyada en el marco de la reja. La celadora Ifigenia mantenía dominada a la

peligrosa Vicario, sujetándole los antebrazos con su macana).

MARINA: Gracias por venir tan rápido, Ifigenia. De verdad que Leona me cogió por sorpresa; sino, ya sabes que yo me habría bastado para ponerla en su sitio a esta lacra!

(Con el rostro transfigurado por la rabia y el odio, Leona Vicario escupió a los pies de Marina Soriano).

LEONA VICARIO: ¡Maldita!! Me las pagarás! ¡Nos volveremos a ver las caras, maldita Soriano!

MARINA: Lamento no poder darte este gusto, “querida” Leona. Yo ya voy de salida en una semanita más y en cambio tú... ¿A dónde es que irás, Ifigenia?

CELADORA IFIGENIA: A la “Lápida” por una semana, Leona Vicario. Así que, ¡andando!

(La “lápida” era la temida celda de castigo en aquel reclusorio. Un lugar oscuro y pequeño, sin ventanas. Leona Vicario fue llevada a rastras, entre gritos y fuertes maldiciones. Carlota entró en la celda y abrazó a su amiga Marina, todavía llena de miedo).

CARLOTA: Me levanté al baño, y cuando estaba a punto de entrar, me di cuenta, que Leona te estaba amenazando, Marina. Me dio mucho miedo, así que corrí a avisarle a las celadoras; y me topé con Ifigenia. ¿Estás bien, de verdad, amiga?

MARINA: Sí, Carlota, yo estoy bien, tranquila. Ya todo pasó.

(Marina abrazó a la joven Carlota, con todo el amor maternal que tenía guardado en su corazón).

* * *

Mansión Palacios; Terraza

(José Ángel Hidalgo, ya vestido con su uniforme de chófer: pantalón, chaqueta y boina negra, zapatos nuevos bien lustrados, y una camisa blanca, se acercaba a la piscina, donde la bella Perla Palacios surcaba las aguas de un extremo a otro. De pronto reparó en la presencia de aquel guapísimo hombre,

que ya era su más grande obsesión. Se aproximó a la escalerilla de la piscina, y emergió de las profundidades como la Diosa Venus: sensual y provocativa. Un bikini color turquesa, dejaba muy poco a la imaginación. José Ángel Hidalgo se quedó casi sin aliento).

PERLA: ¡Bienvenido a tu nuevo trabajo, José Ángel! ¿Te puedo pedir que me ayudes a untarme bloqueador solar en la espalda? Me es muy difícil llegar allí...

(El pulso de José Ángel comenzó a latir disparadamente. La llama del deseo hizo presa de sus sentidos. Perla Palacios se mordió el labio inferior, sabiéndose deseada por aquel hombre).

(Continuará...)

